

§ 119.

Naturaleza de los ángeles

1. En el arte y literatura de los últimos siglos, los ángeles han quedado convertidos en seres etéreos y, con frecuencia, de naturaleza ambigua. "Su imagen ha ido desviándose hacia lo ramplonamente bello, hacia la sensiblería y sentimentalismo, habiendo sido empequeñecidos, para no hablar de las ambigüedades del Barroco y Rococó, ni de la industria que produce objetos religiosos" (R. Guardini, *Der Engel in Dantes göttlicher Komödie*, 33-38).

En realidad, los ángeles son seres *misteriosos, potentes, inmensamente superiores a los hombres, poderosos, que hasta infunden miedo y terror*. Miedo es la primera impresión que produce la aparición de un ángel. Por esto, las primeras palabras que suele pronunciar al aparecerse son las siguientes: "¡No temas!" El hombre se estremece ante su presencia. Por eso tiene que animar a Zacarías, cuando le anuncia el nacimiento de San Juan (Lc. 1, 11-13), a María, cuando le anuncia la encarnación del Hijo de Dios (Lc. 1, 26-28), a los pastores en la campiña de Belén (Lc. 2, 9 y sigs.), a las mujeres, a quienes se aparece con semblante resplandeciente la mañana de la Resurrección (Mt. 28, 2-5).

En las descripciones simbólicas de la Sagrada Escritura se insinúa que son superiores a los hombres, más aún, superiores a todo lo que los hombres pueden comprender (véase, especialmente, *Dan.* 10, 4-21; *Is.* 6, 1 y sigs.). *Ez.* 1, 4-14, describe de la siguiente manera la naturaleza sobrehumana de los ángeles: "Miré y vi venir del septentrión un nublado impetuoso, una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición. En el centro de ella había semejanza de cuatro seres vivientes, cuyo aspecto era éste: tenían semblante de hombre, pero cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas. Sus pies eran derechos y la planta de sus pies era como la planta del toro. Brillaban como bronce en ignición. Por debajo de las alas, a los cuatro lados, salían brazos de hombre; todos cuatro tenían el mismo semblante y las mismas alas, que se tocaban las del uno con las del otro. Al moverse no se volvían para atrás, sino que uno iba cara adelante. Su semblante era éste: de hombre, por de-

lante, los cuatro; de león a la derecha los cuatro; de toro a la izquierda, los cuatro, y de águila por detrás, los cuatro. Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto, dos se tocaban la del uno con la del otro y dos de cada uno cubrían su cuerpo.

Todos marchaban de frente, a donde los impelía el espíritu, sin volverse para atrás. Había entre los vivientes fuego como de brasas encendidas cual antorchas, que discurría por entre ellos, centelleaba y salían de él rayos. Los vivientes se movían en todas direcciones semejantes al rayo.” Para comprender debidamente esta descripción, conviene tener en cuenta que se trata de una visión. Por todos los medios posibles, el profeta trata de describir lo que ha visto. Sirviéndose de ideas nuevas y diversas, se esfuerza por exponer lo inaudito e inefable, lo misterioso e incomprensible. La acumulación de formas y fórmulas pone de manifiesto el ser y el inmenso poder de los ángeles. Los ángeles aparecen aquí como seres potentes, luminosos y deslumbrantes. No se comprendería debidamente la descripción si se juntasen los diversos elementos presentados por el profeta, tratando de construir una idea concreta y determinada del ser de los ángeles. Cada uno de los rasgos que aquí se destacan no son partes constitutivas de una forma concreta sino expresión indirecta de la esencia de los ángeles, superior a todo lo que el hombre puede concebir e imaginarse. Véase también *Is.* 6 1-7; *Apoc.* 4 y 5; 14, 6-15, 8.

El pseudo-Dionisio Areopagita escribe lo siguiente en su obra *Jerarquía celeste* (cap. 15; BKV I, 76-77) sobre las descripciones simbólicas de la Sagrada Escritura: “Pero tenemos que comenzar el discurso y, al principio de nuestra investigación, explicar por qué... la revelación de Dios prefiere entre todas las demás la imagen tomada del fuego. Descubrirás tú, por lo menos, que no solamente describe ruedas de fuego, sino también seres incandescentes como el fuego y que hasta expone que los seres celestiales están rodeados de carbones incandescentes y de torrentes de fuego que arden con gran estrépito. También de los Tronos dice que son de fuego, y aun con respecto a los serafines indica con el nombre que echan llamas y les atribuye las peculiaridades y los efectos del fuego. En general, se sirve con predilección de expresiones simbólicas tomadas del fuego. Me parece a mí que las características del fuego indican la mayor semejanza con Dios de los espíritus celestiales. Pues los escritores divinamente inspirados describen con frecuencia la superesencial e informe Esencia sirviéndose de la imagen del fuego, debido al hecho de que el fuego (si nos es permitido hablar así) presenta en el orden de lo visible similitudes y aspectos muy peculiares de Dios. En efecto, el fuego visible está, en cierto modo, en todas las cosas y lo compenetra todo sin mezclarse y está separado de todo. Es totalmente luz y al mismo tiempo está oculto, y es de por sí y en sí incognoscible, a no ser que se le presente una materia en la cual pueda revelar su peculiar eficacia. El fuego es invencible e incognoscible, señor

de todo lo que es, y todas las cosas hasta donde llega quedan dentro de la esfera de su eficacia. Puede transformar las cosas, es capaz de comunicarse a todo lo que se halla en su cercanía, rejuvenece con su calor vitalizante y fogoso, ilumina las cosas con sus resplandecientes rayos, es invencible, impromiscuo, capaz de separar; es inmutable, asciende hasta arriba, asciende con gran ímpetu, no tolera ninguna clase de descenso, está siempre en movimiento, se mueve a sí mismo, mueve las otras cosas, lo abarca todo y nada puede abarcarlo, no tiene necesidad de nada, crece imperceptiblemente, está invisiblemente presente en las cosas capaces de recibirlo. Cuando nadie se ocupa de él parece no existir, pero aparece cuando se fricciona, como si se dejase buscar, de un modo repentino, como corresponde a su naturaleza y peculiaridad y se ahuyenta sin descanso, sin disminuir en sus beatificantes comunicaciones. Otras muchas propiedades del fuego podrían descubrirse en cuanto que corresponden en imágenes visibles a la actividad originalmente divina. Como quiera que los que conocen a Dios perciben este estado de cosas, revisten a los seres celestiales de formas tomadas del fuego y expresan con ello su semejanza divina y su tendencia a imitar a Dios según sus posibilidades”.

Según las descripciones del AT, los ángeles presentan un aspecto combativo y luchador. Cuando Jacob ve a los ángeles, después de haberse reconciliado con Labán, exclama aterrorizado: “Este es el campamento de Dios” (*Gen.* 32, 1 y sigs.). El ángel que se aparece a Josué, ante los muros de Jericó, le dice que es el jefe del ejército del Señor (*Ios.* 5, 13 y sigs.). El ángel que se aparece a Daniel para anunciarle el destino futuro de su pueblo, le declara que durante veintiún días ha tenido que luchar con el príncipe de los ángeles del imperio persa. Sigue diciendo que el arcángel San Miguel vino en su ayuda y que éste sigue luchando, mientras que él, Daniel, ha venido a anunciarle el destino del pueblo de Dios. Pronto tendrá que regresar para seguir luchando con el príncipe de los ángeles de Persia (*Dan.* 10, 13 y sigs.).

Si bien en el NT aparece mitigada la furia y violencia de los ángeles, no obstante, también en él los ángeles siguen siendo seres inmensamente superiores a los hombres, poderosos y luchadores (*Mt.* 26, 53). Aunque se aparecen bajo formas humanas, hay en ellos elementos sobrehumanos. Tienen rostros resplandecientes, están inundados de la gloria de Dios, los vestidos brillantes como el sol. Es digno de notarse el hecho de que siempre se aparecen bajo la forma de hombres, con lo cual se simboliza su fuerza y el carácter patente de su aparición. “Son auxiliares en la obra de la creación, servidores de la santa soberanía, guerreros del ejército del Rey universal. La grandiosidad de su figura decae tan pronto como se entremeten motivos particulares y sentimentales—especialmente, motivos erótico-sentimentales—, surgiendo entonces esas figuras sen-

suales, a veces intolerables, de que está lleno el arte moderno" (Guardini, *l. c.* 35). Al poder de los ángeles aluden denominaciones tales como "Señoríos", "Poderes", "Fuerzas" (*Rom.* 8, 38 y sig. *Eph.* 6, 12. Véase *II Pet.* 2, 11).

2. Los ángeles son inmateriales Aunque es verdad que se aparecen en formas corporales, no obstante, en lo que concierne a *su esencia son puros espíritus* (dogma definido por el cuarto Concilio Lateranense y por el Concilio Vaticano). Cuando los discípulos regresaron de la misión que les había encargado Cristo, contaron llenos de alegría que invocando el nombre de Jesús aún los mismos espíritus malos les obedecían. Inmediatamente se les advirtió que más bien que de la sumisión de los espíritus debían alegrarse de que sus nombres estaban escritos en el cielo (*Lc.* 10, 17-20; véase 9, 59; *Hebr.* 1, 14).

Muchos Santos Padres, entre ellos San Agustín, influenciados por algunos textos de la Escritura (*Ps.* 104, 4: "Tiene por mensajeros a los vientos y por ministros llamas de fuego" (*Gen.* 6, 2) y, sobre todo, por la filosofía estoica y platónica, atribuían a los ángeles un cuerpo *fino, semejante al aire, e invisible*. Lo mismo enseñaba el agustinismo de la Edad Media. Otros Santos Padres, y Santo Tomás en la Edad Media, hablan de una espiritualidad pura, libre de todo elemento material. Santo Tomás emplea la expresión de "forma subsistente". Debido a su inmaterialidad, los ángeles no dependen del tiempo y del espacio, al contrario de lo que sucede con el cuerpo. Pero no están por encima del tiempo y del espacio como lo está Dios. Si la temporalidad y la espacialidad se fundan en la acción mutua entre las cosas, entonces hay que atribuir a los ángeles, en cierto modo, espacialidad y temporalidad, a pesar de su inmaterialidad (véase §§ 70 y 71).

Lo mismo que el alma humana, están sólo presentes en un determinado lugar, pero están totalmente en todo el lugar y totalmente en cada una de las partes del lugar. Pueden ir de un lugar a otro con velocidad inimaginable, mediante un movimiento súbito, instantáneo y simple. Esto es lo que dice a veces la Escritura. Los ángeles vuelan. Pueden atravesar los espacios y penetrar en lo insondable. No dependen del tiempo en cuanto que su substancia no está sometida a mutación alguna.

Pero su *conocimiento* y su *querer* sufren mutaciones. Debido a su elevada espiritualidad, los conocimientos de los ángeles son amplísimos y profundos. Su vida cognoscitiva se diferencia de la hu-

mana lo mismo que la vida cognoscitiva de un ignorante se diferencia de las visiones del genio. Ezequiel simboliza la riqueza de la vida cognoscitiva de los ángeles mediante los cuatro rostros, vueltos hacia diferentes partes (*Ez.* 1, 6 y sigs.). La Apocalipsis habla de su conocimiento penetrante y profundo cuando dice que los ángeles están cubiertos de ojos por todas partes (4, 6-8). Los ángeles ven con toda su esencia. Cuando Cristo afirma que tampoco los ángeles conocen el día del Juicio, señala, es verdad, un límite de su conocimiento, pero al mismo tiempo acentúa la universalidad de este conocimiento (*Mt.* 24, 36).

No obstante, los ángeles no conocen los pensamientos ajenos, de modo que el misterio del hombre, especialmente el misterio de su ciencia, les es desconocido. Mucho menos son capaces de penetrar en las profundidades de Dios, que sólo el Espíritu divino conoce. Como quiera que los ángeles no conocen los pensamientos del hombre, a no ser que Dios se los revele, y, sobre todo, porque no conocen el corazón humano, en el cual se concentra el misterio de la persona (§ 130). La Historia, en la cual se realizan las ideas y deseos del hombre, y el hombre mismo les ofrece conocimientos nuevos. La importancia de esta constatación aparece con toda claridad si pensamos en las formas concretas de la Historia humana. Los ángeles, tanto los buenos como los malos, averiguan novedades a través de libros, palabras o edificios del hombre. La Edad Media ha pensado mucho sobre el conocimiento angélico. En la Revelación misma no se nos dice nada sobre la psicología del conocimiento incorporeal. Algunas veces, la Sagrada Escritura atribuye a los ángeles la posesión de un lenguaje. Su lenguaje consiste, probablemente, en la posibilidad de transmitirse pensamientos mediante un acto de libre voluntad (*Is.* 6, 3; *Dan.* 8, 16 y sigs.; *I Cor.* 13, 1).

En relación con la ciencia universal de los ángeles está su libre y poderosa voluntad. Debido a la perspicacia y agudeza del entendimiento, capaz de comprender el sentido de los acontecimientos, y debido también a la gran fuerza de su voluntad, los ángeles pueden tomar sus decisiones sin titubeos, sin tener que reflexionar, instantáneamente, con gran firmeza, y no las revocan nunca. Pueden ejercer su influencia sobre cosas corporales (*Is.* 37, 36; *Mt.* 28, 2), y también sobre el espíritu humano, siendo meramente indirecta la influencia que ejercen sobre éste, en cuanto que producen objetos sensualmente perceptibles o mutaciones de las cosas, presentando de este modo objetos determinados ante los órganos de la percepción, o en cuanto que pueden producir alucinaciones sensoriales. Los án-

geles pueden influenciar la voluntad indirectamente, a través del conocimiento o mediante la capacidad desiderativa sensorial.

3. No obstante, conviene no exagerar el poder que los ángeles pueden ejercer con respecto al hombre. Los ángeles no poseen poderes propios, independientes de Dios. Son seres creados por Dios y dependen de El, tanto en lo que concierne al ser como al obrar. Por consiguiente, sólo pueden hacer lo que Dios les permite. Dios es su señor, lo mismo que de las demás criaturas. Su santidad no puede ser comparada con la de Dios. “¿Quién sobre las nubes semejante al Señor? ¿Quién semejante a Yavé entre los hijos de Dios? Es terrible Dios en la Congregación de los Santos, grande y formidable más que cuantos le rodean” (*Ps.* 89 [88], 7 y sigs.). Véase *Job.* 4, 17 y sigs.; 15, 15. Los ángeles no poseen una esfera de acción propia; ellos son quienes ejecutan y cumplen los mandatos y deseos de Dios (*Ps.* 103, 20 y sig.). Como todas las criaturas, *los ángeles han sido creados también en atención a Cristo*, de modo que Cristo es su señor y su cabeza (*Col.* 1, 16). Para el que no conoce este estado de cosas, los ángeles pueden constituir un peligro (*Rom.* 8, 38), en cuanto que ocupan en su fe el lugar que sólo le corresponde a Cristo. En Colosas, como nos dice San Pablo, se propagaron errores según los cuales Dios está tan lejos del mundo, es un ser de tal modo trascendente, que ni él puede acercarse al hombre ni el hombre puede ser elevado hasta Dios, de modo que el contacto entre Dios y el hombre tiene que manifestarse a través de los ángeles. San Pablo condena severamente estas doctrinas, y dice de sus defensores que son gente orgullosa, carnal (*Col.* 2, 18 y sig.). Cristo está encima de todos los ángeles; éstos no son más que la corte de Dios, sus servidores e instrumentos, del mismo modo que el viento, el fuego y el rayo. Cristo es Rey y Señor (*Hebr.* 1, 5 y sig.). San Pablo, al parecer, teme que la creencia en la grandeza de los ángeles pueda oscurecer la grandeza de Jesucristo, que falsos mediadores pasen a ocupar el lugar del único y verdadero Mediador, es decir, de Cristo. Véase el artículo de Kittel *Aggeos*, en *Wörterbuch zum NT*, I, 72-86.